

Hijos del leviatán

Por Alderick Fremder

Frio. Humedad. Soledad. Pocas palabras para describir la angustia de un pobre diablo. Maniatado, vendado, forzado a mantenerse de pie en medio de la nada, yacía el criminal que hace algunos días atrás fue un agente de la ley en penitencia, en penumbra.

La tranquilidad del vacío desapareció al auscultar la puerta abrirse. Aquel sonido se le antojo sardónico para con él; Algo tan insignificante transformado en objeto de horror descarnado. La cabeza le empezó a doler, las vísceras se revolvían entro de él, como queriendo escapar y los dientes prensados con frenesí.

La mente le daba vueltas, mas no pudo mantener la calma, pues el sonido de unos pasos se le hacían eternos... lentos, pero seguros.

Podía sentirle. Aquel sujeto, su verdugo, emanaba una aura opresiva alrededor de la habitación, como el petricor que la lluvia deja a su paso, pero mas nauseabundo, sanguíneo, si se le puede llamar así. Quería gritar, llorar, lo que fuera que lo alejara de él, pero la mordaza en la boca solo le permitía gemir, incomodando al verdugo de sobre manera.

— ¡Puedes callarte de una maldita vez! — Bufo el verdugo, derramando ponzoña a través de su ronca voz. — Tu cosechaste la siembra, no yo.

El verdugo dejo al penitente por un momento, buscando el interruptor de encendido. Habiéndose hecha la luz, se acercó a una mesa que se localiza en el fondo de la habitación, tomando asiento. Cómodo, puso un maletín sobre la meza, dejándolo reposar mientras removía los objetos de su interior. Sin darse el tiempo de acomodad, tomo dos rollos de tela que había encontrado y comenzó a rodearlas con la tela.

Se concentró únicamente en vendarse bien, cuidando que no hubieran arrugas o dobleces en ellas, procurando mantener su imagen pulcra, una cuando tenía que manchar las manos un poco. Listo para trabajar, se levantó de donde reposaba y camino lentamente hacia él, como si el tiempo para el fuera moneda corriente. Le veía temblar, oía los gimoteos de él, podía sentir el terror de su alma manifestándose, pero todo ello no hizo nada por ablandar su corazón, más bien todo lo contrario.

Estando cara a cara, el verdugo cruzo los brazos y contemplo al bastardo que tenía en frente: Era de complexión atlética, con un rostro torneado i barba, no tan poblada, pero si marcada. Su camisa esta percutida, con manchas agrisadas, ocres y carmines tirando a negro. Las piernas las tenía flexionadas, un signo mui obvia de fatiga.

Aquel verdugo, calzando una cara estoica, suspiro cansado, rompiendo su abrazo. Ahora con los brazos libres, adopto una posición de combate, preparando el primer puño. Con las fuerzas acumuladas, arrojó su “lanza” en contra de él, perforando el aire de alrededor. El puño aterrizó en el torso, dando de lleno entre la parte baja de las costillas.

Una sensación punzante atravesó al individuo a velocidad de vértigo: Las piernas le fallaron, pero no logro hacerle caer de rodillas. La sensación de los órganos contrallándose dentro del cuerpo a la inercia del impacto hizo que sintiera los músculos contraerse, además de la sensación líquida que amenaza salir de su boca, solo para darse cuenta que sus pantalones se sentían húmedos. La humillación no se hizo esperar. Uno diría que es más doloroso ser humillado que ser aporreado, pero en su opinión, el hecho de haberse hecho encima solo potencio el dolor en general.

Esto no paso por alto de los ojos del inquisidor, quien se burló con crueldad absoluta:

—Ohohohoho, el niño-se mojó— El verdugo parecía reírse, mas en un cerrar de ojos su riza se volvió en un gruñido irritado. Este lanzo otro golpe, esta vez, dirigido a la mandíbula, logrando hacer que esta tronara, mientras una cascada escarlata nacía de los labios de aquel hombre. El verdugo tomo del cuello al reo, apretando con fuerza, cortando su respiración. Los gimeos cesaron, solo para ver las pantomimas de pez que hacia el reo. —¡Ni se te ocurra cagarte encima, cabron! ¡Si lo haces, voy a hacer que te trajes tu mierda! ¿Te quedo claro? — Finalizo.

El movió la cabeza con violencia, dando por entendida la orden. El verdugo le soltó y el reo comenzó a recuperar el aire perdido... Cansado y adolorido por el martirio.

El verdugo trono sus nudillos, listo para seguir con la penitencia, pero antes que pudiera varearle a gusto, una voz gruesa, pero extrañamente dulce se hizo presente, dando por terminada la sesión.

—¿Casanegra, está ahí?

El verdugo respondió, irritado.

—¿¡Que mierdas quieres de mí, Diásporo!?! — Se dirigió a él, maldiciéndole por interrumpir su trabajo. Atrás del portal se encontraba un gendarme uniformado, portando su capa alrededor de los hombros y el cuello. Era alto, pues, estaba un poco inclinado para poder ver a su compañero inquisidor, de rasgos angulares, pero ciertamente delicado, emanaba una esencia marina de él, que llenaba los pulmones de los presentes.

El verdugo no se inmuto ante su molesta presencia y le inquirió sobre la razón de estar interrumpiendo la tertulia.

—Ok idiota, dispara ya. — Dijo el verdugo al gendarme.

—Brevet Casanegra, ya termino nuestro turno. Tenemos que retirarnos. —
Menciono el gendarme Diásporo con serenidad a su superior. Casanegra frunció el ceño, observándole con dureza. — Entiendo, pero no es culpa mía que ya tengamos que irnos. Solo déjalo, no es como si fuera a escapar— Agrego suspirando.

El brevet volteo a ver al reo, quien seguía consiente. Comenzó a caminar hacia la mesa y metió los objetos sin cuidado, como si ya no importara. Avanzo hacia la salida, solo para ver a ese bastardo una última vez, antes de salir, desenfundó su arma reglamentaria y la tomo del cañón. Levanto la culatilla para después, golpearle la cabeza con ella.

Tan rápido fue que la cabeza del termino colgada, sin responder a nada más. Casanegra le paso los dedos por el cuello, asesorándose de no haberlo matado; al ver que seguía con pulso, guardo su arma y camino hacia la salida, ante la seria mirada de Diásporo...

—Dulces sueño~~s— Canturreo Casanegra antes de cerrar la puerta.

Habiendo salido del cuarto, los dos gendarmes avanzaron hacia la salida. Ninguno hablo, a pesar que Diásporo quería romper el hielo, sabía que no tenía que joder con una persona molesta, y menos con Casanegra. Las palabras querían salir de su boca, pero no encontró valor alguno para conversar. Antes que pudiera decir nada, Casanegra rompió el silencio y se dirigió a él.

—Esteban... No me siento de humor para nada, si es lo que te preocupa. —
Menciono con agobio— Simplemente quiero ir a casa y olvidar que existo, por lo menos esta noche.

Esteban entendió, sabía que además de ser parte del cuerpo comun, el pertenecía a la “Cripteia” o la policía interna de la gendarmería, lo que hacía que la carga de trabajar del fuera más estresante que la propia. Lo había conocido hace uno o cuatro años desde que entro. Casanegra, mas bien, Isacar Casanegra, es alguien excepcional por decir menos; El brevet se ganó su título a golpe de cantera, manteniendo la justicia y el orden tanto dentro como fuera de la corporación. Si había alguien en quien pudiera confiar ciegamente, sin dudas seria en el.

Si hay algo que denota a Isa, es la manera en la que soluciona las cosas: Con violencia premeditada y crueldad, la justa para no traicionarse a sí mismo ni al código que juro cumplir. Nadie sano sería tan estúpido como para ponerse en el camino del... o bueno, todo el mundo terminaba tropezando con él. Pensándolo bien, todo el mundo terminaba tropezando con el.

—Esteban, no has dicho una mierda desde que me llamaste para salir— La voz de Isacar interrumpió los pensamientos del chico— Sé que puedo ser un poco emocional, ¿Pero cinco minutos callado? En serio, habla un poco, me empiezas a enervar...

Diásporo no pudo contener una risilla causada por el comentario de su superior. A pesar que él es alguien impulsivo o de “mecha corta”, le estima y lo tiene en consideración. El respondió con ligereza a su pregunta:

—No creía que quisiera oírme, señor. Se le veía aturdido.

Casanegra suspira.

—No importa, solo fue el calor del momento. — Declaro encogiéndose de brazos— Este trabajo no es fácil, y mas cuando la gente se está pasando de idiota en estos últimos años. ¿Sabes? El problema con esto es que nosotros somos poseedores de un poder que se nos ha entregado voluntariamente. — Isacar aclaro la garganta y prosiguió con su discurso. — Las personas al vivir en conjunto, tienen que ponerse de acuerdo en cómo van a solucionar sus diferencias sin destruirse en el proceso...

—Lo sé, es la teoría contractual de Locke, ¿me equivoco? —Interrumpió diásporo.

—Bueno, lo sabes. Vamos al plato fuerte: Estos años, hemos sido testigos de la radicalización de la sociedad. A otrora esto pasaría a ser algo curioso de ver, pero esto es real. Nosotros como portadores de poder, tenemos que mantenernos en nuestros principios, imperturbables e influenciados. Sin embargo, las corporaciones policiales o militares son propensas a tener agentes disruptivos, los cuales pueden matar nuestro sistema y convertirlo en una pesadilla...

—“Hobbiana” —Agrego Esteban

—Si. Por este motivo, es que mi grupo fue creado, para mantener a raya a los miembros de la corporación, como un contrapeso. Darnos parte de ese poder puede corromper a algunos, pero muchos de los miembros de ese cuerpo, yo incluido, evitamos que la “bestia” se salga de control. Aun si implica tener que despojarnos de nuestra humanidad para comportarnos como...no sé, la palabra monstruo es muy pequeña para describir mi propia imagen. Considérame como un domador de bestias o algo así.

Esteban se quedó en silencio después de oírle. Era cierto que últimamente las gentes están comportándose más idiotas de lo habitual, pero esto no solo se limita a la población civil, sino también a la población policial. Sabía que la persona que está siendo torturada por Isa no está ahí por ser un gendarme ejemplar, pero, aun así, sentía que era sobredimensionado el nivel de sadismo que su compañero infringía a los propios. Pero al final, tenía que aceptar que, si no era así, esa clase de gente tendría “carta blanca” para hacer lo que ellos quisiesen... Realmente no se sentía preparado siquiera para imaginarlo.

Antes de poder darse cuenta, ya se encontraban fuera de corporación. Afuera se sentía frío, pero no gélido. Esteban quería preguntarle a Isacar si quería salir a beber o jugar algo en su casa, mas el destino parecía tenerles otra cosa planeada.

Los sonidos de pasos llamaron la atención del dúo, quienes vieron a uno de sus compañeros saliendo con prisa. Cuando lo vieron, él se dirigió a ellos dos:

—¡Gracias al cielo que los encontré! Tenemos un 288 en la 34va de Lucerna.

Esteban volteo a ver a Isacar. Isacar le regreso la mirada.

—¿Qué dices?

El joven solo asintió.

Isacar se trono el cuello, caminando de nuevo dentro del recinto:

—Ok. ¿Nos quieren? ¡Nos tienen!

